

ma puntualidad en cumplir con los mas menudos ápices de la ley de Dios, que por aquel prodigioso número de maravillas que obraste; suplicote me alcances el mismo cielo, y la misma fidelidad en cumplir con las obligaciones todas de mi estado, y al mismo tiempo la gracia particular que te pido en esta novena, si ha de ser para mayor gloria de Dios, y bien de mi alma. Amen.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN DE DIOS, en Granada en España, fundador del orden de los hermanos Hospitalarios, llamado de su nombre, célebre por su gran misericordia para con los pobres y por el desprecio de si mismo. (*Véase la historia de su vida en las de este día.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FILEMON Y APOLONIO, diácono, en Antinoo, ciudad de Egipto, los cuales siendo presos y llevados ante el juez, como se resistiesen constantemente á sacrificar á los ídolos, les barrenaron los carcañales, y atravesándolos con cuerdas los arrastraron por la ciudad con horrible fiereza, y al cabo los degollaron.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS ARIANO PRESIDENTE, TEÓTICO Y OTROS TRES, en la misma ciudad, los cuales fueron ahogados en el mar por orden del juez; sus cuerpos los sacaron á la playa los delfines.

SAN QUINTIL, obispo y mártir, en Nicomedia.

SAN PONCIO, diácono del obispo S. Cipriano, en Cartago, el cual habiendo sido compañero suyo en el destierro hasta el día de su muerte, dejó escrita una excelente historia de su vida y martirio, y glorificando siempre á Dios en sus aflicciones, mereció la corona de la vida eterna.

LOS SANTOS CIRILO OBISPO, ROGATO, FELIX, Y OTRO ROGATO, BEATA, HERENIA, FELICIDAS, URBANO, SILVIANO Y MAMILO, tambien en Africa.

EL TRÁNSITO DE SAN JULIAN, obispo y confesor, en Toledo en España, esclarecido en santidad y doctrina. (*Véase la noticia de su vida en las de este día.*)

SAN FELIX, obispo, en Inglaterra, el cual convirtió á la fe católica los Ingleses orientales.

SAN JUAN DE DIOS.

SAN JUAN DE DIOS fué portugués, y nació en Montemayor la nueva, á 8 de marzo de 1495. Fueron sus padres unos pobres oficiales; pero temerosos de Dios, y muy inclinados á la hospitalidad. Habiendo hospedado en cierta ocasion á un pobre sacerdote que iba camino de Madrid, el niño Juan que á la sazón tenia solos nueve años, con impulso pueril tuvo gana de



S. JUAN DE DIOS.

seguirle; y escapándose de su casa se arrimó al sacerdote, el cual hallándose embarazado con aquel chico, le dejó en el camino en la villa de Oropesa, lugar de Castilla la Nueva. Viéndose Juan desamparado, se acomodó con un pastor, que le recibió por zagal.

Portóse con tanta fidelidad, y con tanta cordura, que se granjeó el cariño de todos sus compañeros; pero cansado de aquella vida simple, y campestre, sentó plaza de soldado en una compañía de infantería, y marchó á Fuenterrabia, que tenia sitiada Carlos V con intento de volverla á recobrar de los Franceses. Hasta entonces habia conservado el candor de la inocencia; pero la licencia militar, y el mal ejemplo de sus camaradas le precipitaron presto en los mayores desórdenes.

Salió un dia destacado en una partida que iba á forrajear, y montando en una yegua dura de boca, y espantadiza, se inquietó ésta tanto, que á vista de los enemigos le arrojó contra unos peñascos, maltratándole el cuerpo con tan violento golpe, que comenzó á echar sangre por boca y narices, quedando sin movimiento, sin sentido, y sin habla por espacio de dos horas. Volvió en sí, y reconociendo el peligro, se puso como pudo de rodillas, invocó á la Santísima Virgen, á quien habia profesado una tierna devocion desde su infancia, pero se habia olvidado mucho de ella desde que estaba en la milicia. Acabada su oracion se sintió con fuerzas, y pudo arrastrando el cuerpo retirarse al campo. Allí fué socorrido, y aunque escapó de aquel riesgo, no por eso mejoró de costumbres.

No habiendo bastado á convertirle este primer aviso, tuvo otro que fué mas eficaz. Habíanle mandado guardar cierto bagaje que se habia quitado al enemigo, y él por descuido, ó por demasiada confianza se le dejó hurtar. Irritado el capitán, y queriendo hacer un ejemplar castigo para escarmentar la negligencia de otros, hizo que le sustanciasen la causa, y le sentenció á horca. Ibase ya á ejecutar la sentencia, cuando movido de compasion un oficial general intercedió por él; concediósele la vida, pero con la condicion de ser arrojado ignominiosamente del campo, y que jamás volviese al ejército.

Viendo que el oficio de soldado le habia probado tan mal, se restituyó á Oropesa; volvió á buscar á su amo antiguo, y volvió tambien á su antiguo oficio de pastor; pero igualmente se volvió á cansar presto de aquella vida ociosa y holgazana. Supo que el conde de Oropesa hacia levass por el duque de Alva para ir á Hungría contra el Turco; alistóse en ellas, pasó á Hungría; pero habiéndose retirado los Turcos, fueron despedidas las tro-

pas españolas. Desembarcó Juan en la Coruña, y allí tuvo noticia de que su madre habia muerto de la pesadumbre poco despues que él la habia dejado, y que muerta ésta, su padre, retirándose del mundo, habia acabado santamente su vida en un convento. Esta noticia le enterneció hasta hacerle derramar algunas lágrimas, y se puede contar ésta por la primera época de su conversion. Avergonzado de su irresolucion, y encendido en fervorosos deseos de hacer penitencia, hizo una confesion general muy dolorosa, y para asegurar mejor su salvacion, determinó pasar al Africa en busca del martirio.

Embarcóse en Gibraltar, y en la misma embarcacion halló á un caballero portugués, que iba desterrado á Ceuta con su mujer y cuatro hijas. Viendo la miseria á que se hallaba reducida aquella pobre familia, y tocado de aquel inagotable fondo de compasion, y de caridad con que habia nacido, y que fué siempre su distintivo y su carácter, no solo se ofreció á servirla de criado, sino que iba á trabajar de peon en las obras públicas para ayudarla á mantenerse con el triste jornal que ganaba.

Estuvo algun tiempo en Ceuta, hasta que desengañado por su confesor, de que eran ilusiones aquellos deseos del martirio, resolvió volverse á España. Embarcóse, y en la navegacion padeció una furiosa tempestad que atribuia á sus pecados. Arribando á Gibraltar, para mantenerse el tiempo que allí se detuvo, vendia estampas y libritos de devocion.

Yendo un dia á cierto lugarcito vecino, se le apareció el Hijo de Dios en forma de un hermoso niño, que caminaba á pié con los piescitos descalzos. Compadecido Juan se quitó los zapatos, y se los dió al niño; pero éste no los quiso admitir, diciendo que eran grandes para sus pies. Entonces Juan se echó al niño sobre los hombros, comenzó á caminar; y como le pesase mucho la carga, bajó al niño, y se sentaron los dos junto á un arroyo. Escogió el niño Jesus aquella ocasion y lugar para darse á conocer, y mostrándole en la mano una granada abierta, de cuyo centro salia una cruz, le dijo: *Juan de Dios, Granada será tu cruz*, y al punto desapareció. Quedó Juan inundado en un dulcísimo consuelo; mas por entonces no comprendió el misterio.

Teniendo noticia del concurso y de la solemnidad con que se celebraba en Granada la fiesta de S. Sebastian, determinó pasar á aquella ciudad, pareciéndole que con esta ocasion despacharia en ella sus estampas. Picóle la curiosidad de oír el sermón del famoso maestro y santo padre Juan de Avila, llamado apóstol de Andalucía; y el Señor que le habia llevado á él, en-

cendió en su corazón un arrepentimiento tan vivo, y una contrición tan perfecta de sus pecados, que sin poderse contener llenó la iglesia de sollozos y de gritos descompasados; y soltando las riendas al dolor, se daba recios golpes de pecho, se mesaba la barba, se arrancaba los cabellos, daba fuertemente con la cabeza contra las paredes; y saliendo por las calles y las plazas, iba gritando como hombre fuera de sí: *Señor, misericordia.*

Todos se persuadieron á que había perdido el juicio; y teniéndole por loco, le fué siguiendo el populacho. Dos muchachos le tomaron por su cuenta, y persiguiéndole á golpes, á tronchazos y á pedradas, le fueron llevando hasta su posada, adonde llegó todo ensangrentado, y no sosegó hasta que dió cuanto tenía repartiendo entre los muchachos toda su pobre tienda. Desprendido ya de todo, volvió segunda vez á correr por las plazas y las calles como si estuviera demente. Compadecidas algunas personas caritativas le cogieron y le llevaron al maestro Avila, quien retirándole aparte, supo de él el motivo que tenía para prorumpir en aquellas locuras aparentes. Comprendió aquel gran maestro de espíritu todo el mérito de tan heroica simplicidad, admiró el valor de aquel humilde penitente; y no ofreciéndosele por entonces que aquello pudiese tener otras consecuencias, se contentó con exhortarle á una gran confianza en la misericordia de Dios, y con prometerle su asistencia y su protección para cuanto se le ofreciese.

Consolado Juan con las palabras del siervo de Dios, y persuadido siempre á que por más que se humillase, nunca sería tanto como merecían sus pecados, apenas salió de su presencia cuando volvió á sus voluntarias locuras. Pareció á los que cuidaban del hospital que era necesario recogerle; encerráronle en un cuarto, y le dieron cruelísimos azotes, saltando el Santo interiormente de alegría, viendo cumplidos sus deseos con aquella amarguísima penitencia. Hubiera durado más, si noticioso el maestro Avila del lastimoso estado en que se hallaba su penitente, no le hubiera mandado cesar en aquel género de mortificación, ordenándole que cesase también en su aparente demencia.

Obedeció Juan, y su repentina mudanza hizo conocer á todos el verdadero motivo de aquella heroica humillación. Quedaron todos atónitos; pero nada los edificó tanto como la heroica caridad con que se quedó en el mismo hospital para cuidar de los enfermos.

Como la tierna devoción que profesaba á la Santísima Virgen

era cada día mayor, hizo una romería al santuario de nuestra Señora de Guadalupe, donde al calor de las singulares gracias que recibió, crecieron mucho los incendios de su caridad; y por consejo de su santo director el maestro Avila, prometió á Dios pasar toda la vida en servicio de los pobres.

Vuelto á Granada, alquiló una casa donde recogió todos los enfermos abandonados, y todos los pobres que encontraba por las calles. Viendo el caritativo cuidado que tenía de ellos, y el socorro espiritual y temporal que los solicitaba, se animó tanto la caridad del pueblo y de la nobleza, que en poco tiempo fué aquella primera casa la admiración de toda la ciudad.

En ella tuvo principio la religión de la hospitalidad, que en estos últimos tiempos ha suscitado Dios para renovar en la persona de sus hijos la más fervorosa, y la más edificativa caridad de los primitivos siglos de la Iglesia. Confirmó esta religión tan útil al bien común el santo pontífice Pio V el año de 1572, y en breve tiempo se propagó, y estendió hasta los últimos ángulos del mundo cristiano, siendo edificación y asombro de los fieles, por la asistencia espiritual y temporal con que consuela á tantos infelices desvalidos.

Mientras tanto aquel primer asilo de los pobres pasó á ser en pocos años, por el celo y por la caridad de nuestro Santo, el más grande y el más famoso hospital de toda Europa. No es posible explicar el afán, los cuidados, el desvelo que le costó criar, digámoslo así, aquella insigne obra, sin otros fondos que los inagotables de la divina Providencia. Servía día y noche á los enfermos con inmensa fatiga; barria las cuadras, hacíalos las camas, curábalos las heridas, asistíalos, consolábalos, instruíalos, nada omitía, nada perdonaba su vigilante celo, su ardentísima caridad. Vino á ver el nuevo hospital el señor arzobispo de Granada, y quedó tan gustoso y satisfecho, que le tomó debajo de su protección, queriendo también contribuir á lo que en él se gastaba. Todo estaba maravillosamente dispuesto y prevenido: la limpieza de las salas, el orden en el modo de servir, la abundancia de los muebles, y de las provisiones, la caridad, la modestia, la paciencia de los que movidos del ejemplo del hermano Juan concurrían debajo de su obediencia á asistir á los enfermos.

Pero no se limitaba precisamente á su hospital la universal dilatación de su inmensa caridad. Estendiase á todos los pobres vergonzantes, socorria las necesidades de las doncellas pobres, que por serlo corría peligro su castidad, y con sus santas industrias sacaba del mal estado á las mujeres perdidas.

Después que recibió algunos compañeros que le ayudasen en la caridad, y en los trabajos, él mismo salía con la talega á pedir limosna para sus pobres. Cierta aire de santidad que naturalmente respiraban sus palabras y modales, y hasta el mismo desaliño del vestido, le granjeaba la veneracion universal. La fórmula ordinaria con que pedia limosna era esta: *Tened, hermanos, caridad con vosotros mismos, y haced bien por amor de Dios.*

Pero aunque era generalmente venerado de todos, no por eso dejaban de producirle muchas ocasiones de padecer y de humillarse su caridad y su celo. Pidiendo en cierta ocasion limosna para su hospital á un hombre disoluto, en vez de limosna le dió una recia bofetada: el Santo con admirable paciencia y dulzura le presentó el otro carrillo; accion que no solo confundió, sino que fué bastante para convertir á aquel hombre arrebatado.

Aunque eran excesivos sus trabajos, no por eso era menor su rigurosa penitencia. Dormía en el suelo sobre una estera, sirviéndole de almohada una dura piedra: ayunaba todos los viernes á pan y agua, y los demás dias se mantenía con solas legumbres, de manera que su vida era un perpetuo ayuno. Andaba siempre con los pies descalzos, y con la cabeza descubierta á todas las inclemencias: su vestido era siempre el mas vil, y andrajoso que encontraba entre los pobres, trocando con ellos el que traía; y en medio de una vida tan mortificada, se acusaba continuamente de que era muy regalona.

Hallábase á la sazón presidente de la chancillería de Granada el señor obispo de Tuy, y conversando un dia con el hermano Juan, le preguntó cual era su apellido. El Santo le respondió con sinceridad y con modestia: *El niño Jesus, que se me apareció camino de Gibraltar, me llamó Juan de Dios. Pues Juan de Dios te llamarás de aquí adelante, le replicó aquel prelado, y porque la decencia cristiana hace mas amable la virtud, quiero que de hoy mas dejes esos andrajos, que quizá serian causa de que muchos se desviasen de tí. Yo te he mandado hacer el hábito que te conviene, y es mi voluntad que te le pongas, y en adelante le traigas.* Admitiólo el Santo con humildad; y haciendo el obispo traer el hábito, le bendijo, y se le vistió por su mano, siendo este el modelo del hábito que hoy dia traen los religiosos de S. Juan de Dios, llamados los hermanos de la caridad.

Aunque nuestro Juan parecia estar en una continua accion, se puede asegurar, que no por eso era menos continua su oracion, porque jamás perdía á Dios de vista. Fué dotado del don

de la contemplacion, y le favoreció el Señor con las mayores gracias, dispensándole tambien el don de profecía, y el de los milagros, y honrándole muchas veces Cristo y su Madre con su corporal presencia. Hallándose un dia en oracion, vió á esta soberana Reina con una corona de espinas en la mano, que le dijo: *Juan, por las espinas, y por los trabajos has de merecer la corona que mi Hijo te tiene reservada en el cielo; y al mismo tiempo sintió agudísimos dolores; pero sin detenerse un punto respondió, lleno de amor y ternura: Señora, mis delicias serán los trabajos, y no quiero mas flores que las espinas de la cruz.*

Encontró un dia en la calle á un pobre, que al parecer estaba para espirar: cargósele á las espaldas, llevóle al hospital, y metióle en la cama. Lavóle los pies, y al tiempo de bésárselos, como acostumbraba, reparó que los tenia taladrados al modo de un crucifijo: levantó los ojos para mirar al pobre, y conoció que era el mismo Cristo, el cual le dijo: *Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras á mí mismo: sus llagas son las mías, y lavas mis pies siempre que lavas los suyos.* Dicho esto, desapareció la vision, y Juan se halló cercado de una llama tan resplandeciente, que asustados los enfermos comenzaron á gritar: *Fuego, fuego, que se quema el hospital.*

No daba paso hácia la caridad, que no fuese acompañado de grandes maravillas; pero al fin, como eran limitadas sus fuerzas, cedieron al rigor de sus penitencias, y al trabajo de su perpetuo afán caritativo. Cayó malo; y viéndole D.^a Ana Osorio, mujer de García de Pisaro, rodeado de pobres, que afligidos inconsolablemente por la pérdida de su amoroso padre, cercaban su humilde cama, penetrando su compasivo corazón con dolorosos alaridos, y no dejándole apenas respirar, pidió licencia al arzobispo para llevarsele á su casa. Mandólo el prelado, y fué preciso á Juan obedecer, no obstante la repugnancia que sentía en morir fuera de su amado hospital. El mismo arzobispo le administró los sacramentos, que recibió con tanta devocion, que se la pegaba á los presentes. Tomó de su cuenta aquel piadosísimo prelado el mantener á sus hospitales, y pagar las deudas que había contraído para sustentar á los pobres. Finalmente el dia 8 de marzo de 1550, conociendo Juan que se acercaba la hora de su dichoso tránsito, pidió que le dejasen solo: salieron del cuarto los que le asistían; levantóse de la cama, hincóse de rodillas, abrazóse con un crucifijo, y diciendo estas amorosas palabras: *Jesus, Jesus, en vuestras manos encomiendo mi*

espíritu, entregó su alma en las de su Criador. Al oír dichas palabras los que se habían retirado, entraron en el cuarto, y le encontraron muerto. Quedóse el santo cadáver de rodillas y sin arrimo, hasta que le sacaron de allí para amortajarle. Cumplía entonces puntualmente cincuenta y cinco años, siendo muy digno de notarse que hubiese muerto el mismo día que nació. Concurrió á su entierro el señor arzobispo vestido de pontifical, con todo el clero secular y regular; el cadáver le llevaban alternativamente los religiosos de S. Francisco, y los Mínimos; rodeábanle los veinte y cuatro jurados de la ciudad, y cerraba la pompa fúnebre el presidente con toda la chancillería; yendo despues en el acompañamiento toda la nobleza con una increíble atropellada confusión de inmenso pueblo.

Duraron sus solemnisimas exequias por espacio de nueve dias, en cada uno de los cuales se pronunció una oracion fúnebre en elogio de sus heroicas virtudes. Los continuos milagros, que obró el Señor para acreditar la virtud de su fiel siervo, determinaron al papa Urbano VIII, habiendo precedido largas informaciones, á espedir la bula de su beatificación el año de 1630: y en el de 1690 el papa Alejandro VIII hizo la ceremonia de su canonización con grande solemnidad en la iglesia de S. Pedro.

Veinte años despues de la muerte de S. Juan de Dios, habiéndose abierto su sepultura de orden del arzobispo de Granada, se halló el santo cuerpo entero, y sin corrupcion, no habiendo sido embalsamado. El año de 1660, Felipe IV, rey de España, á instancia de su hermana D.^a Ana de Austria, reina de Francia, obtuvo un hueso del brazo derecho de nuestro Santo para el hospital de la Caridad de Paris, el que envió á su serenísima hermana engastado en un preciosísimo relicario, y fué llevada la santa reliquia á la iglesia del hospital con devoción, pompa y solemnidad extraordinaria.

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO.

SAN Julian, celeberrimo en santidad y elocuencia, para hablar con las voces mismas de que se sirve el Martirologio romano en su elogio; modelo el mas perfecto de los prelados eclesiásticos, uno de los ornamentos mas brillantes del orden episcopal, y gloria inmortal de su patria, nació en la imperial ciudad de Toledo: criáronle sus padres en el santo temor de Dios; pero su bello natural, é inclinación á lo bueno facilitaron mas que todo el grande efecto que se siguió á su educación. Habiale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza, y gracia



S. JULIAN

ARZOB. DE TOLEDO.

para los eminentes designios á que le destinaba la Providencia. Su ingenio vivo, sólido, y fecundo; su superior capacidad para las ciencias; su corazon noble, dócil y generoso; sus modales gratos, cultos y apacibles; su sumo horror al pecado; su piedad, su dulzura y las sublimes ideas de virtud sobre que formaba las costumbres, que le hacian tanto mas recomendable que sus talentos, fueron indicios nada equívocos de su futura santidad. Adornado con todas estas sobresalientes cualidades, hizo Julian admirables progresos tanto en la virtud, como en las letras en la escuela de S. Eugenio III, arzobispo de Toledo; é incorporado en el clero de aquella santa Iglesia, con el objeto de servir al Señor en este estado, contribuyó no poco para sus adelantamientos la estrecha amistad que contrajo con el diácono, ó arcediano Guidila, que era reputado en su tiempo por una de las personas de conocida piedad, y sobresaliente mérito. El amor á la virtud, la semejanza en las costumbres, la uniformidad en los dictámenes, hicieron indisoluble hasta la muerte el vínculo de su union: ellos no tenian sino una voluntad, un espíritu, y un corazon que producía unos mismos deseos: y aunque resolvieron de un comun acuerdo retirarse del mundo á una santa soledad, para vivir con tranquilidad, y pasar el resto de su vida en los ejercicios saludables de la penitencia, en el estudio de las santas Escrituras, y en la contemplacion de las verdades eternas; impedidas estas piadosas inclinaciones por una superior autoridad, se vieron precisados á ceder por obediencia, y permanecer en los respectivos oficios de su iglesia, trabajando en la instruccion y santificacion del pueblo, segun su primera vocacion. En efecto, ambos se esmeraron en desempeñar estas funciones con un celo infatigable, dándose enteramente al ministerio de influir en la salvacion de las almas, y en la instruccion y aprovechamiento de los prójimos de una manera tan exacta, y prodigiosa, que hace, y hará el eterno lustre, y honor de su Iglesia.

Murió Guidila en el año octavo del reinado de Wamba; y sintió Julian esta falta con dolor tan vivo y penetrante, que fué necesaria toda su virtud para resignarse. Despues de haber satisfecho los obsequios debidos á su fiel, é íntimo amigo, procurando que su funeral se hiciese con toda pompa y magnificencia, continuó en las funciones eclesiásticas, especialmente en las del sacerdocio con tanta edificacion y utilidad del pueblo, que todos le aclamaban digno de mayores empleos. Vacó la cátedra de Toledo, ó por el retiro, ó por la muerte de Quirico: é inmediatamente se hizo eleccion de sucesor en nuestro Santo por

un consentimiento universal, á pesar de su humilde resistencia. Colocado Julian en el candelero mas eminente de la Iglesia de España, no tardó en acreditar con pruebas prácticas el alto concepto que así el clero, como el pueblo de Toledo tenían formado de su persona. Todas las delicadas virtudes, que exige el Apóstol de los sugetos consagrados á Dios en el sublime ministerio episcopal, se dejaron ver juntas en el santo prelado con una edificacion maravillosa. Serian necesarios muchos volúmenes para referir específicamente sus gloriosos hechos; pero para que se forme una mediocre idea á lo menos de su escelente conducta, usaré de las mismas espresiones de que se sirve su sucesor Felix, para bosquejar sus relevantes merecimientos, y el regladísimo acierto de su pastoral gobierno. Julian, dice aquel su sabio cronista, tan digno de ser ensalzado con las alabanzas de todos, cuanto adornado con las riquezas de todas las virtudes, compuso maravillosamente su Iglesia, y mereció el célebre nombre de su dignidad; fué un varon lleno de temor de Dios, igual en la prudencia, recatado en los consejos, perfecto en la discrecion, prontísimo en el alivio de los miserables, compasivo en el socorro de los oprimidos, afectuoso en la intercesion por los desvalidos, diestro en el manejo y conclusion de los negocios, justo en las disposiciones jurídicas, suave en las sentencias, singular en sostener los derechos de la justicia, célebre en las disputas, perpetuo en la oracion, admirable en la asistencia á los divinos oficios, valeroso en la defensa de las iglesias, vigilante en el gobierno de sus súbditos, severo en reprimir á los soberbios, suave en tratar á los humildes, generoso en conservar la autoridad, insigne en la humildad, y generalmente esclarecido en la perfeccion de todas las virtudes. En la misericordia tan liberal y compasivo, que no habia necesitado á quien no desease socorrer con ansia; tan ardiente en la caridad, que jamás le pidieron alguna cosa por el amor de Dios, que no la concediese; esmerándose siempre en el divino agrado, y anhelando, en honor de éste, al de los hombres: fué tan igual en los merecimientos á los insignes prelados que le precedieron, cuanto émulo de sus heróicas virtudes. En suma, brillaron en él una sabiduría admirable, una prudencia consumada, un celo siempre activo, una caridad sin limites: todo para todos era el padre de los pobres, la fuerza de los débiles, el apoyo de las viudas, el tutor de los pupilos, comunicando su esplendor á las provincias vecinas, y portándose generalmente con tanta dulzura, amor y benevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, le veneraban como á santo, y le respetaban como á padre.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo convocar en Toledo cuatro concilios, que fueron el XII, XIII, XIV y XV: en los que presidió tanto por la eminencia de su doctrina, como por la autoridad de su Silla. En estas célebres asambleas eclesiásticas hizo constituciones, y reglamentos sabios y prudentes, acreditando en todos el fondo de su admirable sabiduría y santidad. Disuelto el sinodo XIII toledano á fines del año 683, ó á principios del de 684, recibió Julian las Actas del sexto concilio general, celebrado en Constantinopla en tiempo del papa Agaton contra los Monotelitas, sectarios de la herejía de Apolinar, remitidas por Leon II, sumo pontífice, con el fin de que la Iglesia de España las aprobase y recibiese. Pero conociendo el Santo la dificultad de congregar un concilio nacional en el rigor del invierno, para dar pronta satisfaccion á la cátedra apostólica, le dirigió un escrito bajo el titulo de apologético de la fe (que es el mismo que celebraron, y aprobaron los Padres del concilio toledano XIV), en el que además de testificar el Santo la admision, y aprobacion de las referidas Actas á su nombre, y el de toda la Iglesia de España, y anatematizar los errores de los Monotelitas, le manifestó lo que de Cristo sentia, y creia esta misma Iglesia universalmente. Recibió Benedicto II, sucesor de Leon, este escrito al tiempo que llegó á Roma: y manifestando á los emisarios su reparo en orden á las espresiones que en él usaba, de que en Dios engendrarse la voluntad á la voluntad, y de que asegurase tres sustancias en Cristo, cuyos dos capítulos son los que nos constan; recibida por Julian esta respuesta como una honesta censura de su obra, no pudiendo insistir haciendo critica de los sentimientos del papa, compuso otro segundo apologético en defensa de la doctrina del primero, donde manifestó claramente su sentido, confirmándole con tan abundantes testimonios de los santos Padres, que convenció plenamente no haber dicho otra cosa, que lo que enseñaron S. Agustin, S. Cirilo, y S. Isidoro de Sevilla. Este escrito sobre haber merecido por su solidez, y elocuencia los mas altos elogios de la Silla apostólica, propuesto en el concilio toledano XV, no solo le aprobaron los Padres, sino que le insertaron íntegro entre sus actas, para que constase á la posteridad la pureza de la fe del santo prelado, y su profunda inteligencia en los mas difíciles misterios.

Como Julian estaba lleno del Espiritu Santo, fertilizado con copiosas y cristalinas corrientes de sabiduría y elocuencia, dió á luz muchas, y muy sabias obras utilísimas á la Iglesia, que le han merecido ser puesto en el orden de sus Padres. Estas son el libro de los Pronósticos del siglo futuro, dirigido á Idacio,

obispo de Barcelona, dividido en tres, en los que trata del origen de la muerte, estado de las almas despues de ella, y última resurreccion. Obra que ha dado motivo para que algunos confundan á nuestro Santo con Julian Pomerio ó Pomerio, presbítero de la Mauritania, que floreció 200 años antes; quien compuso tambien un tratado de la vida futura con el mismo título de *Pronósticos*; notándose en el de nuestro Santo, que es una coleccion continua de pasajes de S. Agustin, S. Gregorio, y el citado Pomerio. En la Biblioteca de los Padres se halla un escrito de S. Julian bajo el título del origen de la muerte humana; del que hablando cierto crítico extranjero, se persuade que no puede hablarse del autor sin confesar, que para escribirlo se elevó sobre la condicion de la carne, pues en él se encuentra espíritu, elevacion, sabiduría, piedad, solidez, orden, ingenio, y mas que comunes conocimientos, no fácil de hallarse juntos entre los talentos humanos.

Tambien compuso otro excelente tratado, con una epístola á el rey Ervigio, sobre el cumplimiento de la sexta edad del mundo, contra los Judios, dividido en tres libros: en el primero prueba con muchos testimonios del Testamento antiguo la venida de Cristo: en el segundo demuestra claramente que nació de santa Maria virgen, con la doctrina de los Apóstoles; y en el tercero con maravilloso ingenio argumenta, que las cinco edades del mundo precedentes á la sexta en que nació el Mesías, no se distinguen por años, sino por los límites predefinidos en las generaciones. Asimismo escribió el libro de contrarios ó contrapuestos, dividido en dos partes, sobre varias antologias del Testamento antiguo y del nuevo. Escribió asimismo la historia de los hechos del rey Wamba en la Galia Narbonense con motivo de la rebelion de Paulo el pérfido: y una esposicion muy erudita sobre el profeta Nahum; cuyas obras se hallan en la edicion magnífica que ha dado á luz con la mas escrupulosa crítica el eminentísimo señor D. Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Igualmente arregló un libro de misas para todo el círculo del año, distribuido en cuatro partes; donde enmendó algunas viciadas por la incuria de los tiempos, y compuso otras de nuevo: y asimismo hizo otras oraciones para todas las festividades acostumbradas en su iglesia, segun el estilo de su singular ingenio.

Tambien compuso un libro de Sentencias de las Décadas de S. Agustin recopiladas breve y sumariamente, con una coleccion de lo mas precioso de los libros de este santo doctor contra Juliano hereje: un libelo de los juicios divinos recopilado de

los sagrados códigos. Un libro de remedios contra la blasfemia: otro de diferentes versos, epitafios y anagramas numerosas: otro de muchas epístolas: con el opúsculo sobre la defensa de la casa de Dios, y los que á ella se refugian: los cuales no existen con notable sentimiento de la nacion, pues en ellos, y con especialidad en sus cartas pudiéramos hallar muchas célebres instrucciones acerca de la disciplina de la Iglesia de España: debiéndose notar que se estiman por obras apócrifas del Santo la crónica de los reyes godos, y ciertos versos que se le atribuyen.

Finalmente, despues de haber gobernado santamente su diócesi cual pastor celosísimo tanto con la pureza de su doctrina, como con la severidad de sus ejemplos por espacio de diez años, un mes y siete dias, murió en el Señor en el de 690, tercero del reinado de Egica, con universal sentimiento de sus súbditos. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Leocadia, contiguo á los de sus predecesores; bien que se ignora en el dia el sitio determinado donde se oculta tan precioso tesoro, como el de otros muchos santos arzobispos de la imperial ciudad de Toledo.

SAN BEREMUNDO, ABAD DE HIRACHE.

SAN Beremundo, cuyo nombre parece que fué presagio de su eminente santidad, puesto que en realidad de verdad se conservó mundo, ó limpio de toda culpa en el discurso de su vida, nació en el reino de Navarra, bien fuese en Arellano, ó bien en Villa-tuerta, sobre lo que disputan los naturales de los dos pueblos, ambos con el objeto de ennoblecer el suyo con un héroe de tan distinguidos méritos. Criáronle sus padres con santo temor de Dios, y quedándose impresas en el tierno corazon de Beremundo todas las máximas evangélicas, que conspiran á la perfeccion del hombre cristiano, se retiró en lo mas florido de sus años al monasterio de Sta. Maria de Hirache del orden de S. Benito, donde á la sazón era abad un tío suyo llamado Nuño, varon verdaderamente digno de aquel empleo.

Era aquel monasterio uno de los mas célebres de España por su antigüedad, por el fervor con que se guardaba la regla de S. Benito, por la exactitud, por la magnificencia con que en él se celebraba el culto divino, y por la multitud de varones ilustres en ciencia, y en santidad, que produjo aquel religioso claustro. Todos estos respetos movieron á Beremundo á elegirlo entre otros muchos que florecieron en España, y como sus deseos no eran otros que añadir, si pudiese, algun esplendor á aquella casa, lo